SONIA DÍEZ

¡EDUCACIÓN!

10 ACCIONES PARA EL CAMBIO QUE NUESTROS HIJOS MERECEN Y NECESITAN

Su mañana lo decidimos hoy

«Éste es un libro que me hubiera gustado escribir.»
JOSÉ ANTONIO MARINA

DEUSTO

¡EducACCIÓN!

10 acciones para el cambio que nuestros hijos merecen y necesitan

SONIA DÍEZ

EDICIONES DEUSTO

© Sonia Díez Abad, 2018

© Editorial Planeta, S.A., 2018

© de esta edición: Centro de Libros PAPF, SLU.
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-2974-5
Depósito legal: B. 21.311-2018
Primera edición: octubre de 2018
Preimpresión: gama sl
Impreso por Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Introducción 11

1. ProvocACCIÓN
Elevar la voz ante los responsables políticos . 15
2. ReactivACCIÓN
Recuperar el debate educativo y preguntarnos para qué educamos. 25
3. AdecuACCIÓN
Cambiar las normas y promover el emprendimiento educativo. 47
4. CapacitACCIÓN
Preparar a nuestros jóvenes para actuar en el mundo que vivirán en la realidad 61
5. HumanizACCIÓN
Propiciar el gozo y disfrute de la experiencia de aprender 77
6. ColaborACCIÓN
Ayudar a los padres y madres a entender su papel en la educación y colaborar con ellos 97
7. ProfesionalizACCIÓN
Garantizar que todos los niños tengan acceso a buenos maestros 111

8. EvaluACCIÓN
Posibilitar una valoración justa y rigurosa del progreso y el aprendizaje del alumno 139
9. InnovACCIÓN
Incorporar todos los recursos disponibles para mejorar la calidad educativa 157
10. TransformACCIÓN
Crear un nuevo marco de referencia para un nuevo modelo educativo 179

Agradecimientos 185
Bibliografía 189

1

ProvocACCIÓN

Elevar la voz ante los responsables políticos

Querido futuro presidente (o presidenta):

Te escribo esta carta antes de que ocupes tu nuevo cargo por varios motivos. El primero, porque de este modo quizás no se confunda con otras mil cartas que te estarán esperando en el despacho para recordarte las promesas lanzadas, los compromisos adquiridos o los favores prestados. Ya lo irás viendo, pero no se trata de una carta del tipo «qué hay de lo mío».

En segundo lugar, porque prefiero escribirte sin saber a qué partido perteneces ni de dónde vienes. Lo que te voy a contar tiene un propósito y millones de argumentos, pero ni un solo prejuicio. No me importan tus ideas o tu pasado, sino lo que estás dispuesto a hacer de ahora en adelante.

Otro motivo para escribirte ahora, que todavía no sé quién eres, es que me gustaría que fueras diferente a todos los que te precedieron en el cargo. No diré que lo han hecho todo mal, entre otras cosas porque no tiene sentido hacerlo a toro pasado.

El debate sobre quién tiene la culpa del declive del sistema educativo es estéril. Pero lo cierto es que mien-

tras el mundo ha avanzado —y muy rápidamente— en las últimas décadas, la educación que reciben nuestros alumnos no ha hecho más que dar vueltas sobre sí misma. Con esa ilusión de movimiento se han hecho y deshecho cambios que han terminado por no cambiar nada de lo fundamental. No tienes más que ver las consecuencias: las cifras de fracaso escolar han aumentado dramáticamente, bien por abandono, bien por bajos resultados académicos... al igual que la insatisfacción de los alumnos con la educación que reciben en las escuelas, a las que, en gran parte, asisten sólo porque les obligamos. El profesorado se aburre igual o más que los propios chicos, y está cada vez más enclaustrado en sus propias reclamaciones laborales, sin diálogo ni colaboración alguna con las familias de los alumnos, que apenas aciertan a entender cómo, después de veinte años estudiando, sus hijos no son capaces de conseguir un empleo (ya no digo digno) que les permita iniciar su propio camino en la vida.

Tres sectores sociales son los beneficiarios de nuestro modelo educativo y ninguno de los tres se siente beneficiado. Sólo eso debería darnos una idea de que todos los problemas anteriores son síntomas de un organismo que ya no puede cumplir con el objetivo para el que fue creado. Aunque reconozco que los que más nos deberían doler, y a mí por lo menos son los que me mueven a escribirte, son naturalmente los más indefensos de todos, nuestros niños y jóvenes, a quienes, además, se les responsabiliza de su falta de entusiasmo escolar, su falta de atención o sus bajas notas, como si todos los demás lo estuviéramos haciendo estupendamente.

Dime una cosa, presidente: si en vez de estar ahora al cargo de un país, estuvieras al frente de una gran empresa y te informaran de que los clientes están desatendidos

en sus necesidades, que no creen en lo que se les vende y que sólo son usuarios de nuestros servicios porque no tienen más remedio que serlo, pero que sólo ellos tienen la culpa de su situación porque el departamento técnico, el comercial y el de recursos humanos están convencidos de cumplir con su labor a la perfección, ¿qué pensarías?

Supongo que lo mismo que yo: que la empresa va directamente a la quiebra. Pues ése y no otro es el estado de la educación en España. Un modelo agotado y un sistema quebrado en el que muchos, por no decir todos los que han tenido la oportunidad de hacer algo, han preferido dejarlo para mejor ocasión. Pues bien, esa ocasión ha llegado, y lamentablemente no porque lo hayamos elegido nosotros, sino porque ya no hay tiempo ni opciones para seguir estirando la cuerda.

Seguro que has oído miles de veces que la educación es crucial para el futuro de un país, que no hay nada más prioritario, que el nivel de un país se mide por la importancia que da a la educación de sus jóvenes, etc. Pues antes de seguir, permíteme que te pida un favor: decidas lo que decidas después de leer esta carta, incluso si te convencen mis argumentos, te ruego que no vuelvas a meter los temas educativos en la carpeta de los asuntos importantes. Llevo oyendo ese tipo de discursos durante mis treinta años de labor educativa y he llegado a la conclusión de que todo lo que cae en ella nunca llega a la carpeta de los asuntos urgentes, que es donde la educación de nuestro país debería estar desde hace tiempo.

La urgencia por transformar nuestro modelo educativo no se debe a los fallos que pueda tener el sistema actual. Si sólo fueran fallos, me podría haber ahorrado este libro, puesto que el memorial de quejas y agravios es más que sabido. Lo que tenemos en las manos no es un

puñado de fallos de un sistema que funciona bien; lo que tenemos son pruebas de que nuestro modelo educativo es incapaz de responder a la época en la que vivimos. Y aún menos a la que espera a los alumnos que nazcan hoy y supuestamente terminen su vida académica dentro de dos décadas, en ese horizonte tan aparentemente lejano de 2040. De todo esto te hablaré en las siguientes partes de esta larga carta, en la que trataré de explicarte con más detalle mi visión de lo que habría que hacer, que no es tapar agujeros ni salvar los muebles, sino transformar (que significa «transmutar algo en otra cosa») la educación.

Tal vez pienses (ojalá no) que para qué te vas a meter en líos de los que no obtendrás rédito político hasta mucho tiempo después de las siguientes elecciones. El argumento, tan pegado a la lógica del juego político, es entristecedor y frustrante para quienes contemplamos la mirada de los niños cuando llegan a su primer día de cole y la comparamos con la que van adquiriendo a medida que se dan cuenta de que lo que les prometimos es muy posible que nunca llegue a cumplirse.

Ahora que tanto se habla de reforzar el espíritu cívico, los valores de pertenencia y compromiso con nuestro país, no estaría de más reflexionar sobre la paradoja que supone que la experiencia de nuestros ciudadanos durante sus primeros veinte años de vida sea que las instituciones no les prestan ninguna atención. Que no los escuchan, que no les importa su formación, como si la experiencia de los alumnos tuviera poco o nada que aportar al modelo con el que los educamos. ¿Tú qué crees, presidente, que después de años y años de indiferencia será fácil convencerles de que se sientan comprometidos o identificados con la nación en la que viven?

¿O que, como viene siendo más y más notorio, cada generación vivirá con creciente desapego la relación con las instituciones y con los valores que nos unen?

Reinventar el modelo educativo de nuestro país es urgente porque el actual pone un límite cada vez más bajo a las aspiraciones de nuestros alumnos, que es como decir de todos los españoles en su conjunto. Si vamos pilotando un avión de hélices, por mucho que forcemos la máquina o que exprimamos toda su fuerza, jamás podremos empatar su velocidad con la de un avión de turbinas. Ni siquiera con el mejor de nuestros pilotos a los mandos.

Nuestro modelo educativo fue pensado para un mundo que ya no existe y que es incapaz de adaptarse a las nuevas realidades surgidas de la revolución digital. No estoy hablando de que falten ordenadores, estoy hablando de la mentalidad con la que nos comportamos en el mundo digital y que, hasta ahora, ha sido imposible trasladar a unas aulas concebidas, en la forma y en el fondo, para una época ya pasada.

Te lo puedo resumir en una frase: ya no podemos seguir educando para la uniformidad, necesitamos hacerlo para la diversidad. Antes de la revolución digital, el objetivo era que todos recibieran idénticas armas, los mismos conocimientos, para igualar también las oportunidades. Y así era, en efecto. En un entorno de conocimientos estables, garantizar el acceso universal a éstos respondía con claridad al gran propósito de igualdad recogido en nuestra Constitución.

En el nuevo contexto tecnológico global, mucho más volátil, líquido, en constante movilidad, esa igualdad de oportunidades no se alcanza dando acceso a todos al mismo conocimiento. Eso ya nos lo ofrece internet y está

al alcance tanto de las personas como —cada vez más— de las máquinas. En el mundo digital las oportunidades nacen de lo que cada uno tenga y pueda aportar de diferente. De este modo, el papel de la educación cambia por completo de signo. Ayudar a encontrar aquello que hace único, especial, diferente a cada uno de nuestros alumnos debería ser ahora el eje de la misión educativa.

El problema educativo al que nos enfrentamos es que estamos preparando a los niños y jóvenes para un fracaso que va más allá de no tener un diploma, de abandonar los estudios o de aceptar trabajos, en el mejor de los casos, mal remunerados y sin expectativa de crecimiento y desarrollo, ni profesional ni personal. Un fracaso que consiste en salir de la escuela sin haber aprendido a convertir su pasión en su talento, base de su desarrollo profesional. Calcula la onda expansiva de lo que te digo y verás que impacta a todos los niveles: nuestra economía, nuestras empresas, nuestra cultura, nuestra estabilidad social, nuestra salud, nuestra autonomía de criterio y decisión, nuestras oportunidades, nuestra confianza, nuestro bienestar... En definitiva, nuestro futuro.

Puede que te estés preguntando: si la situación es tan grave, ¿cómo es que nadie ha afrontado el problema con anterioridad? Pues por falta de liderazgo y valentía. Revertir la situación requiere de un liderazgo que sepa explicar y convencer, sumar apoyos y mantener el pulso cuando todos los que viven instalados en la realidad actual reaccionen ante la amenaza de tener que renunciar a su comodidad. Por eso esta carta no va dirigida al presidente que no espero, que no esperamos, sino a ti, al que nos hace falta. Alguien que no se conforma con salvar los papeles, ni se asusta por incomodar a unos cuantos si de ese modo mejora la vida de muchos, ni desiste

de actuar aun a sabiendas de que es posible que lo que él empieza puede que lo termine otro.

Tanto que oímos hablar en todos los ámbitos de emprendimiento e innovación, son contados con los dedos de una mano los políticos que en nuestro país se han propuesto desarrollar medidas emprendedoras, ya no digo innovadoras. El «haz lo que digo, no lo que yo hago» puede que haya funcionado en según qué épocas, pero tú eres un presidente *millennial*, y para esta generación que ha confiado en ti, el liderazgo se demuestra andando, no mandando. Lo que la educación necesita hoy no es un gestor de recursos agotados, sino un líder.

Me dirás que ser líder de un país es serlo de todo lo que nos afecta, no sólo de la educación. Pero es justo lo que trato de explicarte: que la educación en este momento no se puede considerar un área de gobierno más, sino algo transversal que lo tiñe todo. Si no fuera así, esta carta iría dirigida al futuro ministro del ramo, pero es que esta vez no se trata de buscar medidas de carácter técnico, ni más recursos, ni cambios de mayor o menor calado. En la actualidad, la educación es una cuestión de voluntad política, no de programa de partido. Se trata de proyectar una visión del futuro que queremos tener y del camino que debemos seguir para llegar hasta él. Una visión que es la que espero que tú tengas, porque nunca la hemos necesitado más que ahora.

Se ha escrito y hablado mucho del nuevo significado del liderazgo en el contexto actual. Sin recurrir a fórmulas, por lo que creo que tú y todos sabemos qué tipo de líder necesitamos para abordar el desafío educativo en España. Principalmente que sepa escuchar y, sobre todo, entender que no se trata de vencer, sino de convencer. Esta vez no se trata de un reglamento, una medida pun-

tual o un cambio de asignaturas. Las incontables reformas educativas que se han hecho han terminado por quedar reducidas a simples arañazos en la superficie. En este nuevo escenario, futuro presidente, las competencias políticas de la cartera de Educación no las puede asumir nadie más que tú. Si no, no va a haber quien se crea que se trata de una cuestión de Estado, de un reto que nos implica a todos, al igual que en otros momentos clave de nuestra democracia.

Siempre que en España hemos tenido «superministros» lo han sido de economía. Pues bien, hoy el papel crucial de la economía lo desempeña la educación. Así que nos vendría muy bien a todos que esa cartera no sea una «maría», usando el argot escolar, y que se la entregues al mejor de tu equipo para que tu visión comience a concretarse lo antes posible. Será la mejor manera de animarnos a los demás a apostar por ella con todo nuestro entusiasmo o a vencer las resistencias y obstáculos que surgirán a lo largo del proceso.

Sería ilusorio pretender que una tarea tan ambiciosa se pudiera llevar a cabo sin ningún tropiezo. Pero ahí sí que hago valer mi experiencia como educadora. Atrévete a equivocarte, porque te aseguro que es la única manera de aprender. Y porque no te vas a equivocar tú solo. Somos muchos los que queremos acompañarte en eso. Directores de centros, profesores, padres y madres, educadores, psicólogos, sociólogos, economistas y, sobre todo, niños y niñas, jóvenes, nuestros alumnos, que están deseando volver a creer en lo que siempre ha sido la esencia de la educación: guiar a los niños hasta una vida adulta que sea verdaderamente suya, la que ellos quieren, la que ellos necesitan, la que ellos se merecen, sin más limitaciones que las que la realidad les presente, ni una más.

La situación es más compleja de lo que parece a simple vista, por eso en las siguientes páginas te voy a detallar cómo la veo y qué considero, desde mi experiencia de toda una vida en el mundo de la educación (como hija de profesores, alumna, profesora, directora y madre), que se puede y se debe hacer. Seguro que hay otras opiniones y otras opciones, pero aquí tienes las mías. Porque, para afrontar la situación, todos tenemos que dar un paso al frente, y yo he decidido hacerlo con esta carta-libro.

Todavía no tienes rostro ni sexo, pero espero que, seas quien seas, entiendas la esencia de lo que te quiero transmitir. Y si tienes alguna duda, haz lo que muchos hacemos cuando nos preguntamos por qué seguir peleando por la educación en la que creemos: entra en un colegio y métete en una clase o echa un vistazo desde fuera sin que te vean. Y mira a los niños y niñas allí sentados, atendiendo a la lección (o quizás no tanto, no te garantizo nada). Míralos y piensa que todavía pueden confiar en alguien que les demuestre que, de verdad, son lo más importante del mundo que algún día nos gustaría tener.